

Y llegará pronto marzo, y con él la **privamera**

Extracto de titular en la prensa local

“Escribir sobre uno mismo siempre me ha parecido una suerte de técnica de superación personal y una forma indecente de fastidiar al prójimo.”

Y sobre quién podría escribir yo sino sobre mí misma y conmigo misma y para mí misma y contra mí misma. El fastidio que pudiera resultar puede interrumpirse con tan solo cambiar la mirada de objetivo, de letras o de líneas y así, interrumpir la lectura a costa de mí misma.

“Yo no sé dónde está mi antigua casa ni dónde estará la futura, no sé si tengo un techo sobre mi cabeza, no sé qué hacer con mi infancia, con mi origen, con mis lenguas (...) ni qué hacer con la tumba antigua ni con la nueva, qué hacer con la estrella amarilla, no sé qué hacer con los muertos ni con los vivos, qué voy a hacer con el pasado y con el futuro, ni idea. Soy un caos andante.”

Solo acierto a ordenar las necesidades y las condiciones; las causas y las circunstancias queriendo emular a un cierto Tiresias que en su variante más moderna dio voz a Simone de Beauvoir, quien en una carta escribía a Nelson Algren: “Me gusta muchísimo vivir, detesto la idea de tener que morir un día. Además, soy horrosamente codiciosa: lo quiero todo en la vida, quiero ser mujer y quiero ser hombre, quiero tener muchas amistades y quiero gozar de la soledad, quiero trabajar mucho y escribir buenos libros, quiero viajar y pasarlo bien, quiero ser egoísta y quiero ser generosa (...)”.

“- ¿Para qué queremos una lata de conserva si nos habéis arrebatado el abridor?”

Cierto que las mujeres ya logramos una igualdad formal: podemos ir a todas las aulas, ejercer todas las profesiones -sobre todo las peor pagadas-, vender nuestros órganos o alquilarlos sin permiso del padre, del marido, del hermano o del hijo, ir a hacer la guerra, empuñar armas, abrir y cerrar cuentas bancarias y viajar con nuestros hijos sin permiso de su padre e incluso vivir sin su sustento. Pero justo cuando las leyes empezaron a proteger esos permisos que nos fueron concedidos se idearon una serie de instituciones y normas que nos dicen cómo debemos ser, cuán frágiles debemos erigirnos -o sumergirnos-, cuánta protección necesitamos -un buen alumbrado público vale más que muchas herramientas digitales de alerta- y cómo moldear o esclavizar nuestros cuerpos y nuestras mentes. Con la lata de conserva nos regalaron cuatro premios en certámenes donde se valoraba nuestra mujeridad -por el rollo de las cuotas y los cupos- más que el contenido de nuestras producciones -se llevaron el abridor tras haberlo usado sutilmente para cercenar nuestras capacidades-. Y ahora ¿qué más queréis? -nos preguntan con notable disgusto. Pues entre otras cosas que dejéis de asegurar que la alopecia empieza a afectar también a las mujeres a raíz de su entrada en el mundo del trabajo por la consiguiente generación de estrés, por

ejemplo, como si antes de tener que ir a trabajar remuneradamente no lo hubiéramos hecho. Y cuando digo antes, me refiero a épocas pasadas en las que trabajábamos gratis, y a la actualidad, en que antes de iniciar jornada laboral ya llevamos otra doméstica encima. No sé qué nos produce alopecia. Pero sé que el estrés no nos lo produce la entrada en nuevos ámbitos laborales; el estrés nos lo producen los transportes públicos impuntuales, las facturas que no podemos pagar, las citas imposibles de pediatras y geriatras, la disponibilidad telefónica, los cambios de turnos y centros de trabajo, los contratos precarios y el coste de la comida y la vivienda.

“La cultura del manual, en la que uno llega hasta el objetivo deseado, se ha impuesto porque se basa en una premisa profundamente mítica. Todo manual descansa sobre el arquetipo del laberinto, es el cuento de Iván el Tonto que, superando los obstáculos, siguiendo al pie de la letra las instrucciones (¡al pie de la letra!), llega al objetivo deseado. Y el objetivo, ya se sabe, es el reino y la bella princesa. Aquellos que yerran son disidentes del sistema; aquellos que, como Pandora, abren la caja pese a las instrucciones en contra atraen la desgracia sobre sí mismos y sobre el mundo. (...) En el mundo de los manuales todo es fácil, indoloro y seguro. Y, no obstante, me encomiendo a la Imprevisibilidad como a una gran Idea Poética.”

Vivimos entre protocolos de actuación; vivimos en la tiranía del protocolo que mide cada uno de nuestros pasos, cada gesto y cada mirada. Sin embargo, no hemos resuelto ni los feminicidios, ni las violaciones, ni los acosos sexuales, ni la discriminación sexista. Y me apetece airear una anécdota relativa a una formación que disfruté para obtener capacitación para pilotar veleros. Mis compañeros de aula, así como el profesor eran hombres. Durante el desarrollo de los temas relativos a la meteorología y al trabajo con cartas náuticas en que eran precisos cálculos matemáticos rudimentarios nos demoramos demasiado. Aquellos rudos marinos sin titulación no se manejaban bien con el papel y el lápiz. Les ayudé como pude y a cambio de una cerveza al finalizar las clases. Cuando llegamos al tema de motores, el profesor aprovechó para recuperar el tiempo “perdido” recorriendo los contenidos con una celeridad que se justificaba porque aquellos aguerridos marinos eran todos expertos. A clase llegaban con grasa en las uñas. A mí me sonaba todo muy lejano y desconocido: pistones, émbolos, niveles de aceite, carburantes, combustiones...Y llegué al punto de ebullición y estallé. Aquello sucedió hace demasiados años. No había protocolos de actuación, ni instituciones que escucharan mi posible denuncia, ni redes virtuales donde cacarear la injusticia de forma anónima o firmada. Estallé y reclamé mi parte; y la obtuve, también a cambio de una cerveza y al finalizar las clases. De haber actuado no sé qué protocolo hubiera perdido la oportunidad de aprobar el examen y obtener la

acreditación a la par que mis compañeros. No pretendo ser modelo de nada ni de nadie. He recuperado la anécdota para ilustrar que un exceso de protección inadecuada infantiliza, revictimiza, paraliza y crea dependencia insana. Tendremos que abordarlo en algún momento. Muchos de los eventos en materia de discriminación ocurren en público, ¿dónde queda la responsabilidad de la audiencia y del público? ¿qué hacemos cuando no nos enfrentamos directamente a los problemas? ¿cuántas mordazas ideológicas nos estamos inventando? ¿qué efectos tiene el nivel de detalle que ofrecen los medios de comunicación en los relatos sesgados sobre las situaciones de discriminación y violencia contra las mujeres? ¿tendrá efecto llamada no solo en posibles víctimas sino también en perpetradores?

“Procedo de una cultura fálica, masculina, una cultura del palo, de la porra y del cuchillo, según la necesidad. Pero dejemos esto ahora, no nos llevaría a ninguna parte.”

Y me maravillo de la puesta en escena de esas patrullas de seguridad ciudadana, tanto más bienvenidas cuanto que ya cuentan siempre con alguna mujer. Su estética -la de ella y la de ellos- es digna de mención y reparo: a punto de pasarela. Uniformados y uniformada; cejas bien depiladas; ella maquillaje discreto y ellos barbas bien diseñadas; tallaje estándar para todos tirando a ajustado para visibilizar la condición atlética; etc. Pero ella se queda en retaguardia, observa y calla; atenta y discreta. Más de lo mismo.

“- Yo venderá la basura del trastero comunista - dice el periodista-. Les ofreceré la imagen del mundo que esperan, estereotipos sobre la vida detrás del “telón de acero”, estereotipos sobre la gris y deshumanizada Europa del Este que hace cola para comprar col fermentada.

-Pero nosotros no hacíamos cola para comprar col fermentada - decimos.

-No importa. Lo que importa es que ellos piensan que la hacíamos (...).”

La mujer es, la mujer prefiere, la mujer necesita... El discurso esencialista lo atraviesa todo y logra que al escenario prediseñado se adapte alguna actriz gracias al efecto Pigmalión. Lo importante es que ellos -y a veces, e incluso, ellas- piensan que las mujeres somos una sola, y que además ya saben cómo somos, qué hacemos, cuándo y por qué. Ante las dudas siempre surge alguna explicación biológica o argumento determinista contra el que poco podemos manobrar. En otras ocasiones y por prudencia, manejan otro término cuantitativo: la mayoría de las mujeres cree, piensa, quiere, busca. Ahí será la estadística la que se preste a la justificación -los términos relativos serán prefabricados a medida, de los términos absolutos tanto menos sabremos cuanto más tendenciosa sea la información. Y yo busco la palabra “privamera” en varios diccionarios y no la encuentro...

“Ahora creo que el diccionario como género literario -que ha abandonado su marco lingüístico y pasado a la literatura- en esta época posmoderna no induce a la nostalgia como pudiera parecer a primera vista. La práctica de este género se asemeja más a los esfuerzos de un enfermo de alzhéimer por orientarse con ayuda de papelitos, pegatinas o notas, en el mundo que lo circunda antes de hundirse (¿él o el mundo?) en el olvido más completo. Cualquier tipo de diccionario en este tiempo posmoderno no es más que la premonición del caos del olvido.”

CARTA ABIERTA:

A quien quiera que escribiera en la puerta de nuestra casa -su casa- lo que aparece en las fotografías que acompañan.



Solo queremos decirte que en esta nuestra casa -tu casa- es en el único lugar en que no necesitarás esconderte para decir esto o cualquier otra cosa que se te pase por la cabeza y desees compartir. Tendrás un espacio para argumentarlo y te escucharemos a cambio de que nos escuches tú también hablar. Si necesitaste escribir en la puerta de nuestra casa -tu casa- esto, tus razones tendrás y queremos conocerlas. Ven, tendrás la bienvenida que no tendrás en ningún otro lugar. Si te quedas sin exponerlas, poco resolverás: ciertos dolores suelen ser indelebles, las pinturas de las paredes no. En tus manos está la decisión, tal y como estuvo la decisión de usar la pintura negra y la posibilidad de esconderte. Ya sabemos qué hiciste con ellas.

Si no llegas nunca, entenderemos que no quieres nuestra escucha y que no quieres escucharnos, que declinas la invitación que hacemos a escuchar tu voz y que evitas escuchar la nuestra. Por ello, traduciremos la bienvenida que teníamos preparada en celebración. Será una celebración grande porque no nos mereces del mismo modo que no te merecemos. No nos necesitas en la misma medida en que no te necesitamos: contigo se nos cae lo de la ayuda mutua y la acción directa que son nuestras líneas de trabajo. Contigo ¿qué revolución social llevaríamos a cabo? Tú delegaste en una pared para gritar desde tu escondite particular, y aquí, en nuestra casa -que ya no será tu casa y nos alegra no aceptamos esa suerte de camuflajes porque deducimos de tales comportamientos cobardía y falta de coherencia y sinceridad.



Por eso, dejo de buscar y me pongo a escribir una carta abierta, para combatir el olvido.

“Las cartas abiertas son un género bélico, el género de la desesperación extrema, concebido como una denuncia pública, pero en la práctica una declaración pública de los propios sentimientos. La carta abierta es un género extremadamente antinatural e inapropiado, nunca la leen aquellos a los que va destinada, es una forma de humillación pública del que la escribe.”

Todas las citas escritas en cursiva proceden de artículos de Dubravka Ugrešić (Croacia, 1949 – Ámsterdam, 2023).

Han sido elegidas al azar. Sus palabras me invitaron a pensar: solo eso. Sus palabras me ofrecieron buen pretexto para escribir acerca de un feminismo en el que creo porque cual humanismo en su intersección con el anarquismo nos ofrece mucha luz que no podemos eludir y buenas herramientas para vivir más y mejor.

ÚLTIMAS DEMANDAS (de ahí afuera):

¿Cómo las queréis? ¿languidas o briosas? ¿del este o del oeste? ¿del norte o del sur? ¿inexpertas o experimentadas? ¿de pelo rizado o de pelo lacio? ¿cosmopolitas o exóticas? ¿urbanas o rurales? ¿rubias o morenas? ¿de color de pelo natural o artificial? ¿de tonos definidos o ambiguos? ¿admitís mechones níveos? ¿de cabellos largos o recién cortados? ¿huesudas o entraditas en carnes? ¿jovencitas o maduras? ¿parlanchinas o reservadas? ¿rasuradas o depiladas? ¿parcial o totalmente? ¿audaces o torpes? ¿activas o pasivas? ¿las queréis con referencias? ¿quizás las preferís sin recomendación por falta de estreno? ¿las queréis con certificado médico? ¿qué tipo de acreditación les solicitaréis? ¿deseáis que acepten tarjeta de crédito o preferís pagarles al contado? ¿necesitáis que os emitan factura? ¿en concepto de qué? ¿frágiles o recias? ¿cómo las queréis? ¿qué sostengan la mirada o que la bajen sumisamente? Y ¿su voz? ¿cómo la preferís? ¿grave o aguda? ¿aceptáis lengua de signos? Y ¿qué decís del atuendo? ¿de los olores corporales? ¿de las marcas de nacimiento? ¿de los tatuajes elegidos? ¿de las cicatrices resultado de contingencias varias? ¿de la ornamentación accesoría? ¿del tamaño de los pies? ¿del arreglo de las uñas? ¿con dos mamas o con una sola? Y de las nalgas, ¿qué decís? ¿vuestra longitud de piernas preferida? ¿las preferís elásticas o rígidas? ¿comprometidas o despolitizadas? ¿flexibles o inflexibles? ¿con alto rendimiento cognitivo o desmemoriadas? ¿contundentes o vulnerables? ¿rencorosas u olvidadizas? ¿cómo las necesitáis? Y sobre todo ¿por qué?



Vagón fotografiado en la estación de trenes de Vitoria el doce de octubre de 2024

¿Ya habéis decidido qué deseáis consumir? Sentimos comunicaros que nuestras existencias están agotadas; que nuestras existencias están más bien exhaustas. El debate acerca de la prostitución está resultando de lo más estéril porque nada más empezar ya hemos cerrado filas en torno a dos bandos que apenas aciertan a una tenue conceptualización: aceptar o no la denominación de trabajo sexual. Una propuesta alternativa: cambiar de dirección el foco. Hablemos de puteros y de proxenetas; regulemos sus usos y abusos. La única explicación que se vislumbra en desear pagar por algo que se puede obtener gratis linda con el ejercicio de poder: el poder del cliente, el poder del patrón. Es un ejercicio de poder y de dominio con destinatarias claras y concretas: las mujeres. ¿Es posible entonces aceptar el trabajo sexual dentro del anarquismo? No lo fue para Mujeres Libres y otras predecesoras que lucharon por la igualdad y la emancipación de las mujeres. ¿Qué justifica ahora que en aras de la consecución de derechos laborales se pretenda blanquear un término con evidente significado a golpe de eufemismos; forzando tolerancias sesgadas; y validando intereses de terceros? ¿Cómo es posible que incluso se introduzca la libertad personal e individual para hablar de prostitución? Solo me queda recordar las palabras de Bakunin: *“Pero esa libertad solo es posible en la igualdad. Si hay un ser humano más libre que yo, me convierto forzosamente en su esclavo; si yo soy más que él, él será el mío. Por tanto, la igualdad es una condición absolutamente necesaria de la libertad.”*

Sede: Calle Correría, número 65, bajo
01001 – Vitoria Gasteiz
Dirección postal: Apartado de correos 1554
01001 – Vitoria Gasteiz
Horario: martes y viernes de 19.00 a 21.00; y,
miércoles de 10.00 a 12.00 horas
Teléfonos: 945 28 29 74 y 688 86 13 64



Direcciones de correo electrónico:
cntgasteiz@gmail.com / vitoria@cnt.es
Redes virtuales:
<https://vitoria.cnt.es/>
<https://x.com/CNTVitoria>
<https://es-es.facebook.com/CNTVitoriaGasteizCNT/>
<https://www.instagram.com/cntgasteiz/>